

IX

EL CAUTIVERIO DE AVIÑÓN Y EL GRAN CISMA

Habiendo fallecido en Perusa Benedicto XI, que después de Bonifacio VIII había ocupado sólo unos meses la sede de san Pedro, allí se reunieron en conclave los cardenales, siguiendo la tradición.

Sobre todos ellos pesaba la profunda división creada por el desdichado pontificado de Bonifacio VIII: a un lado estaban los partidarios de Felipe el Hermoso y de la familia Colonna, tan gravemente ofendida por Bonifacio VIII; al otro lado los amigos de este pontífice. Después de once meses de vanas negociaciones, se encontró al fin una fórmula de compromiso: los partidarios de Bonifacio VIII designaron tres cardenales franceses, que como tales podían ser bien vistos por Felipe el Hermoso, pero que tampoco se habían destacado como adversarios de Bonifacio. Por su parte, los franceses demostraron su buena voluntad eligiendo, de los tres, al arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, quien debía a Bonifacio VIII su dignidad de cardenal y que, además, en aquel momento no era súbdito del rey francés, ya que los ingleses en el año 1303 habían conquistado Burdeos.

EL TRASLADO DE LA CORTE PAPAL A FRANCIA

Bertrando de Got, que adoptó el nombre de Clemente V, no había estado presente al conclave. Tampoco se trasladó a Italia, sino que para su coronación convocó a los cardenales en Lyon. Esto no significaba todavía que la corte papal fuera trasladada a Francia. El tesoro pontificio seguía en Asís, en lugar seguro. Clemente abrigaba la intención de establecerse en Roma, en el momento oportuno; pero de momento sentó sus reales en diversas ciudades francesas, y desde 1309 en Aviñón.

Frente a la presión ejercida por el rey de Francia, el papa se encontraba en una situación muy difícil. Para eliminar una piedra de escándalo, derogó para Francia la bula *Unam Sanctam*, dando con ello a entender que no quería inmiscuirse en el poder temporal del rey. Pero a Felipe el Hermoso poco le importaba esta concesión: lo que él quería era

que se emprendiera un proceso en toda forma para declarar la ilegitimidad de Bonifacio VIII, pretensión a la que ningún papa podía acceder. A esta exigencia se añadía, además, otra que revestía la mayor gravedad: el rey exigía del papa la supresión de la Orden de los templarios.

Disolución de los templarios.

La orden de los templarios llevaba ya unos doscientos años de existencia. Fundada en Palestina por los cruzados, difundida luego por Europa y especialmente en Francia, no había aún perdido de vista el fin para el cual fue fundada, en el cual entraban por partes iguales la actividad guerrera y la práctica de la beneficencia. Hacía sólo unos pocos años que había caído San Juan de Acre, el último punto de apoyo del cristianismo en Palestina. Pero aun cuando no hubiera de haber ya ninguna otra cruzada, lo cual entonces no podía preverse todavía, nada impedía que los templarios se buscaran un nuevo campo de acción, como hicieron los sanjuanistas, que prosiguieron la lucha contra los turcos en el Mediterráneo, o los caballeros teutónicos, que trasladaron al nordeste europeo su obra de conquista, y evangelización, o las órdenes militares españolas, que combatían contra los moros y rescataban esclavos cristianos.

De súbito, Felipe el Hermoso tuvo noticia de unas inauditas monstruosidades que los templarios practicaban en secreto: idolatría, una desenfrenada licencia y un sinfín de otros crímenes. En el año 1307 hizo encarcelar a todos los templarios franceses, en número de unos dos mil. Las desatentadas acusaciones, cortadas sobre el mismo patrón de las monstruosas calumnias lanzadas por el propio rey contra Bonifacio, no merecían el menor crédito. Que algunos templarios hubieran faltado a sus deberes, era perfectamente posible, pero lo mismo hubiera podido decirse de miembros de cualquier otra orden religiosa; mas ni entonces ni más tarde pudo nadie presentar una prueba fehaciente de los crímenes que se le imputaban.

Lo malo era que la orden poseía muchas riquezas, y como el rey las ambicionaba, había que probar la culpabilidad de aquélla a cualquier precio. Las posesiones de los templarios tenían el carácter de fundaciones eclesiásticas de beneficencia, y para que el rey pudiera confiscárselas necesitaba que el papa disolviera las fundaciones. Para intimidar al papa, le presentó las confesiones de los reos, arrancadas bajo tormento. El débil Clemente V se dejó acobardar, temeroso, además, de que, si irritaba a Felipe, éste le forzara a iniciar el proceso contra Bonifacio VIII. Al final se decidió a convocar un concilio ecuménico en Vienne (1311), para sacudirse sobre éste la responsabilidad. Sin embargo, los padres no se declararon convencidos por las pruebas y documentos que se les presentaron y se resistieron a sentenciar la culpabilidad de los templarios. Muchos de éstos,

en el entretanto, habían sido ya ajusticiados. El papa, acosado incesantemente por el rey, que asistía también al concilio, encontró finalmente la escapatoria de disolver la orden por un simple acto de provisión apostólica, sin necesidad de dictar sentencia formal, cosa para la cual el papa está siempre facultado con respecto a cualquier orden religiosa. En cuanto a los bienes, para no defraudar la finalidad de las fundaciones, fueron atribuidos a los caballeros de Rodas y a otras órdenes militares, aunque muy poco fue lo que llegó realmente a sus manos. Prosiguieron las ejecuciones, que difícilmente pueden considerarse como actos de provisión administrativa. Finalmente, en 1314, el gran maestre Jacobo de Molay, que hasta el final defendió la inocencia de los suyos, pereció en la hoguera.

La extinción de los templarios es uno de los mayores escándalos de toda la historia eclesiástica, y pesa como una losa sobre la memoria de Clemente V, que en ello desempeñó el papel de Pilato.

Juan XXII (1316-1334).

Tras la muerte de Clemente V la sede quedó vacante durante más de dos años. Finalmente, en 1316 fue elegido en Lyon el cardenal Jacobo Duése (Deuze), obispo de Aviñón, que adoptó el nombre de Juan XXII.

Juan XXII es el papa más importante del siglo XIV. Igualmente destacado como jurista que como administrador, dotado de una incomparable capacidad de trabajo, en política más enérgico que Clemente V y más prudente y afortunado que Bonifacio VIII, hubiera podido figurar en el número de los papas más eminentes de todos los tiempos, si su visión hubiera sido más amplia, si hubiese pensado más como papa y como pastor de almas. Así como en teología se aferraba obstinadamente a sus propias convicciones, era también terco en política, lo cual tuvo consecuencias funestas sobre todo en Alemania.

Después de la muerte de Enrique VII, el luxemburgués (1314), la elección para la corona alemana había quedado indecisa. Ambos pretendientes, el duque Luis de Baviera y el duque Federico de Austria se dirigieron al papa pidiéndole que actuara de árbitro. Juan XXII aceptó el arbitraje, pero no se decidió en favor de ninguno, ni siquiera cuando Luis el Bávvaro hubo derrotado a su rival (1322) y fue, en consecuencia, reconocido como rey en Alemania entera. En lugar de Luis, para el tiempo que durara la vacancia del trono, el papa nombró un vicario imperial para Italia, basándose en un derecho caído en desuso hacía ya mucho tiempo, y por si esto fuera poco eligió para este cargo al antiguo enemigo del imperio alemán, el rey Roberto de Nápoles. Luis el Bávvaro, que no era ningún gran estadista y mucho menos un teólogo, tenía razones para sentirse atacado injustamente. Por su parte nombró un vicario imperial para Italia, a lo que contestó el

papa amenazándole con el entredicho eclesiástico. Luis apeló a un concilio general, y como con este acto se había situado en un terreno falso, Juan XXII le excomulgó (1324). Afluyeron entonces a la corte de Luis todos los adversarios del papa y del papado en general: Miguel de Cesena, ministro general de los franciscanos, que había roto con su orden con motivo de la polémica sobre la pobreza, el inglés Guillermo de Occam, franciscano también y famoso como filósofo, los profesores de París Marsilio de Padua y Juan de Jandún. En la propaganda literaria que se difundió a partir de estos círculos, vino a ponerse en tela de juicio la doctrina entera del primado del papa. Fue la primera campaña antipapal de gran estilo emprendida en el campo teológico y jurídico. Personalmente, Luis el Bávvaro se mantuvo alejado de estas polémicas, y se hubiera alegrado mucho de poder hacer la paz con el papa. Pero los príncipes alemanes protestaron en Sachsenhausen (1324) contra la excomunión de su rey y declararon hereje a Juan XXII. Ante esto, el papa no podía ya ceder, y declaró el entredicho contra toda Alemania. Luis el Bávvaro se dirigió a Roma, se hizo coronar por el antiguo enemigo de los papas Sciarra Colonna y erigió su propio antipapa. Éste, sin embargo, tras la poco gloriosa retirada de Luis, se apresuró a comparecer en Aviñón para presentar sus excusas a Juan XXII. Así, al morir Juan XXII, los asuntos alemanes habían llegado a un grado de confusión difícilmente remediable. En casi todos sus actos el papa había obrado de acuerdo con el derecho formal, y sin embargo no es posible eximirle de toda culpa. Pues, en mayor grado aún que un príncipe secular, el papa debe pensar siempre, cuando interviene en un conflicto, que no basta con que en sus actos le asista el derecho, sino que además deben éstos poseer fuerza de persuasión.

La hacienda papal.

Muy importante fue, en cambio, la labor de Juan XXII en el campo de la administración eclesiástica. Desde un punto de vista puramente exterior, la actividad burocrática en Aviñón fue mucho mayor de lo que nunca había sido en Roma. Entonces adquirió la curia papal aquel carácter de una administración centralizada de gran estilo, que hoy conserva todavía y en medida aún mayor. A lo que más atención dedicó Juan XXII fue al aspecto financiero. La base económica de la Santa Sede era el censo, o sea, los ingresos fiscales de los territorios papales, de los Estados de la Iglesia, así como el tributo feudal de los príncipes que tenían sus dominios como feudo del papa, entre los cuales figuraba en primer lugar el rey de Nápoles. Entraban también en el censo las tasas de Cancillería, que debían abonarse por la emisión de decretos de toda índole, desde la concesión del palio a los arzobispos hasta los privilegios y dispensas usuales. Todas estas fuentes de ingresos existían ya antes del período de Aviñón. Tampoco era nueva la

práctica de gravar con impuestos los beneficios eclesiásticos; pero los papas de Aviñón y en particular Juan XXII la ampliaron y sistematizaron. Entraban en este capítulo los *fructus medii temporis*, o sea, los ingresos devengados por un beneficio eclesiástico desde la muerte o renuncia de su titular hasta la entrada en posesión del siguiente; las «annatas», o frutos del primer año: aun después de la concesión de un beneficio, el nuevo titular debía entregar al tesoro pontificio una parte de la renta del primer año; las «expectativas»: el candidato de una prebenda que no estaba aún vacante podía hacerse inscribir por adelantado, satisfaciendo al efecto una especie de anticipo fiscal.

Estas y otras fuentes de ingresos semejantes, que en la época de Aviñón fueron introducidas por primera vez o explotadas con mayor eficacia que antes, poseían también, huelga decirlo, su aspecto discutible. Cuando se trataba de pingües fundaciones exentas de deberes pastorales, como ocurría con muchas canonjías, nada había que objetar a que para obtener una renta vitalicia hubiera que satisfacer una cantidad a la curia; distinto era, empero, el caso cuando se trataba de la provisión de cargos destinados a la cura de almas.

De todos modos, adolecen, por decir lo menos, de superficiales las descripciones que ciertos historiadores se complacen en trazar de las «técnicas financieras» y del tráfico de prebendas que estaban en uso en la curia de Aviñón. Como toda gran administración central, la curia necesitaba una base financiera. Las rentas procedentes de los Estados de la Iglesia eran, por aquel entonces, poco más que cero. Además, ¿por qué un pequeño territorio italiano había de cargar con todo el peso del gobierno de la Iglesia? Las «técnicas financieras» de Aviñón no fueron otra cosa que la imposición de un sistema de tributación sobre las posesiones eclesiásticas de los distintos países. Tales gravámenes no pesaban sobre el pueblo, sino sobre los prelados y demás usufructuarios de las propiedades de la Iglesia, y en cierto modo también sobre los príncipes, indirectamente al menos.

En los libros de historia corren muchas exageraciones acerca de las sumas así recaudadas. Sin cesar se repite, o con asombro o con indignación, la cifra de veinticinco millones de escudos de oro que, según el cronista florentino Villani, dejó al morir Juan XXII. Hoy sabemos que el tesoro papal, a la muerte de este pontífice, contaba sólo con tres cuartos de millón. Pero lo que más ha influido sobre el juicio de la posteridad, ha sido el testimonio de Petrarca, quien pintó con los más negros colores la codicia y sed de dinero de la curia aviñonesa. Sólo que Petrarca estuvo durante toda su vida a la caza de prebendas, sin que alcanzaran a satisfacerle las muchas que en Aviñón se le concedieron; de ahí su resentimiento.

La verdad es que semejantes cazadores de prebendas, que pululaban en Aviñón y más tarde en Roma, y no desaparecieron hasta después del concilio de Trento, constituyen uno de los más desagradables fenómenos de

la administración curialesca. Eran clérigos que a veces se pasaban años enteros en la curia, sin hacer otra cosa que aguardar a que quedara vacante algún beneficio. Lo cual indica, por otra parte, que la opresión financiera por parte de la curia no debía ser tan grave como la pintan, puesto que, a despecho de gabelas, impuestos y tasas, seguía mereciendo la pena el aspirar a un beneficio.

Los demás papas de Aviñón.

Sucesor de Juan XXII fue Benedicto XII (1334-1342), un cisterciense severo y piadoso. Su deseo hubiera sido terminar de una vez la desdichada querrela con Luis el Bávvaro, pero los reyes de Francia y de Nápoles supieron frustrar este deseo; temían, en efecto, que si el papa se reconciliaba con Alemania, ganaría en independencia y a lo mejor se decidía a trasladar la curia a Roma. Por lo demás, no es probable que Benedicto XII pensara en el regreso a Roma, pues él fue quien empezó la construcción del imponente palacio que aún hoy domina la ciudad de Aviñón y es uno de los más grandiosos monumentos que nos quedan de la arquitectura gótica tardía. La interminable querrela con Alemania tuvo por consecuencia que los príncipes electores, reunidos en el año 1338 en Rhens del Rin, dictaran una ley por la que se declaraba que la elección de emperador era independiente del papa. Con esto el papado perdió uno de sus más importantes privilegios políticos.

El papa siguiente, Clemente VI (1342-1352), compró la ciudad de Aviñón y su comarca, que hasta entonces había sido un feudo napolitano, en el que el papa había residido, por así decir, en calidad de huésped; desde aquel momento Aviñón pasó, pues, a constituir un pequeño estado eclesiástico. La residencia de los papas en la ciudad del Ródano iba adquiriendo un carácter definitivo. En la lucha con el emperador, Clemente VI volvió a las medidas de violencia; renovó la excomunión de Luis el Bávvaro y emplazó a los príncipes electores a que designaran un nuevo emperador. En realidad, el Bávvaro iba perdiendo en Alemania sus partidarios, y así se explica que los electores, a pesar de haber repudiado no hacía mucho toda ingerencia papal, se allanaran a la orden del pontífice y eligieran rey de Alemania al nieto de Enrique VII, Carlos de Luxemburgo, rey de Bohemia. Luis murió antes de que tuviese tiempo de estallar la guerra entre los dos rivales, y Carlos IV fue reconocido por todos. Así vino a resolverse por sí mismo el desdichado conflicto. No fue tan fácil reparar sus daños: éstos pesaron, en primer lugar, sobre la vida eclesiástica alemana, que había estado veinte años bajo el entredicho, y en último término sobre el mismo papado, pues costó no poco convencer a los alemanes de que habían sido, tratados equitativamente por los papas franceses.

En la elección del papa siguiente, Inocencio VI (1352-1362), los cardenales convinieron en una capitulación electoral, la primera conocida en la historia. Se entiende bajo este término un contrato suscrito bajo juramento por todos los cardenales, por el que éstos se obligan, caso de salir elegidos para el solio pontificio, a admitir determinadas limitaciones de su poder espiritual o temporal. En las elecciones episcopales, tales convenios eran ya conocidos de antiguo. También en las elecciones imperiales se introdujo más tarde (desde 1519) la costumbre de establecer una capitulación. Luego estas prácticas fueron rigurosamente prohibidas en todas las elecciones eclesiásticas; en cuanto a las papales, eran nulas ya desde un principio, puesto que el papa poseía siempre la plenitud del poder y no puede obligarse válidamente a sí mismo. De todos modos, no dejaba de constituir una presión moral y era, cuando menos, un indicio del creciente poder de los cardenales, que empezaban a considerar al papa como a uno de los suyos; constituyó, en todo caso, una desagradable secuela de la época de Aviñón.

Inocencio VI no tuvo más remedio que prestar atención a los asuntos de la ciudad de Roma, donde reinaba la más completa anarquía. Las interminables pendencias entre los Colonna y los Orsini daban ocasión a frecuentes levantamientos populares. El notario romano Cola di Rienzo (1353) consiguió dos veces hacerse con el poder con el título de «tribuno del pueblo»; la segunda vez (1353) fue incluso reconocido por el papa, mas perdió la vida en un nuevo levantamiento popular. El papa envió a Italia en calidad de legado, al cardenal español Gil de Albornoz para poner las cosas en orden. No hubiera podido encontrar un hombre mejor. Albornoz era un eminente político, tan recto como enérgico, y supo organizar el Estado pontificio todo lo bien que permitían las condiciones medievales. A partir de entonces, ningún obstáculo se oponía ya al regreso de los papas a Roma. Que tarde o temprano el papa tendría que trasladar su sede a Roma, saltaba a la vista de todos, incluso en Aviñón. Al sucesor de Inocencio VI, el piadoso y santo Urbano V (1362-1370), le apremiaban de todas partes a que se decidiera a dar este paso, no sólo Petrarca, a quien acaso movieran razones nacionales más que eclesiásticas, sino también santa Brígida de Suecia, que después de mucho peregrinar, se había establecido junto a los santuarios romanos, y el emperador alemán Carlos IV. Al fin Urbano V se resolvió a hacer siquiera un viaje a la ciudad. Los italianos, que no veían a ningún papa desde hacía sesenta y tres años, lo recibieron en todas partes con gran entusiasmo, pero el estado de cosas que encontró en Roma no respondió a sus esperanzas y pronto emprendió el regreso a Aviñón. Con todo, este viaje había servido para romper el hechizo y poner las cosas en movimiento. El destierro de Aviñón tocaba a su fin.

Juicio sobre Aviñón.

Los antiguos historiadores eclesiásticos consideraron unánimemente la residencia de los papas en Aviñón como un período funesto para la Iglesia. Aún hoy reaparecen en los manuales las expresiones en que se expresa este juicio, «exilio», «destierro» «cautiverio de Babilonia», términos usados ya por los contemporáneos. Sin embargo, hace tiempo que se ha impuesto entre los historiadores un juicio más sereno y objetivo.

En primer lugar, las expresiones como «exilio» o «cautiverio» son totalmente engañosas. En Aviñón los papas estaban más seguros y más dignamente alojados que en Roma. Junto al Ródano no había Orsinis ni Colonnas, güelfos ni gibelinos, motines callejeros ni «tribunos del pueblo». Por algo tantos papas del siglo XIII, mejor dicho, ya desde Gregorio VII, habían tenido que buscar refugio fuera de Roma. Algunos de ellos no habían podido pisar el suelo de la urbe en todo el tiempo de su pontificado. Tampoco puede negarse que justamente Aviñón estaba admirablemente situada para la curia papal. Hacía tiempo que Roma había dejado de representar el centro geográfico de la cristiandad. Desde el fracaso de las cruzadas, perdida toda esperanza de poder abrir brecha en la barrera islámica por el sur y el sureste, el centro de gravedad de la cristiandad había vuelto a desplazarse hacia el noroeste. La gran potencia hegemónica, incluso en el campo intelectual, era Francia; otros países que ascendían en poder y prestigio eran Inglaterra, Escocia, Flandes, Aragón y Castilla, y todos ellos estaban más cerca de Aviñón que de Roma; Bohemia, otro país en progreso, y el norte de Italia, tan importante económicamente, no quedaban más lejos de una ciudad que de la otra. Casi desde todos los lados se podía llegar a Aviñón sin pasar montañas; no estaba aislada del norte, como Roma, por los Alpes y los Apeninos. Desde un punto de vista puramente administrativo, el emplazamiento geográfico de Aviñón era francamente más favorable. Sólo que la Iglesia no se limita a ser un aparato administrativo, ni el papa un simple jefe de administración, y ahí es donde tocamos el punto flaco de Aviñón. Lo que faltaba a la ciudad del Ródano era el apóstol san Pedro, los sepulcros de los mártires, la tradición milenaria. El papa es la cabeza de la Iglesia por ser sucesor de san Pedro en su calidad de primer obispo de Roma, y es obispo de Roma porque es cabeza de la Iglesia.

El hecho de que en Aviñón reinaran sucesivamente siete papas franceses, no puede en modo alguno considerarse como un abuso; a menos que se demuestre que los franceses son menos indicados que otros para ocupar la más alta dignidad de la Iglesia. El abuso real no radicaba en las personas de los papas, sino en la circunstancia de que el papado como tal se había convertido en una institución nacional, o al menos así lo parecía. Del mismo modo que el papado no es una institución italiana, ni debe aparecer como tal, tampoco ha de serlo francesa. Pero si los papas y casi todos los

cardenales y curiales eran franceses, si la Santa Sede estaba rodeada de territorio francés, y Francia era entonces la única gran potencia europea, era inevitable que los demás países, y no menos los propios franceses, consideraran al papado como una institución nacional y desde este punto de vista juzgaran todas las acciones de los papas.

En conjunto y todo bien considerado, no hay motivo para decir que los papas aviñonenses hayan gobernado mal la Iglesia. Más bien realzaron considerablemente el prestigio del papado, que había sufrido los más duros golpes cuando la elección de Celestino V y con el atentado de Anagni. Cuando la curia regresó a Roma, estaban sentados los presupuestos para un nuevo período de esplendor. La culpa de que tal esperanza se viera defraudada la tuvo el cisma que seguidamente estalló, aunque no puede desconocerse que la ocasión del cisma fue a su vez, al menos de un modo indirecto, la larga ausencia de Roma.

EL GRAN CISMA, 1378-1417

El regreso a Roma.

Urbano V murió a poco de su regreso a Aviñón. Después de su partida estallaron en Italia disturbios por todas partes, fomentados sobre todo por la república de Florencia. Los italianos no han acabado de comprender nunca una cosa que para los católicos de otros países es la evidencia misma, a saber, que el papa sigue siendo el jefe supremo de la Iglesia incluso cuando no sirve a los intereses locales de Italia. El nuevo papa Gregorio XI envió a Italia soldados bretones que se hicieron odiosos por su salvajismo. Su caudillo era el cardenal Roberto de Ginebra, el futuro antipapa Clemente VII. En 1376 se lanzó el entredicho contra Florencia.

Vivía entonces en Siena una piadosa virgen, Catalina Benincasa, que además de mística era extraordinariamente prudente, dotada de una rara amplitud de visión. Lo que le importaba no eran las naciones, sino la Iglesia y las almas. No era religiosa profesada, sino sólo terciaria de la orden dominicana. Personalmente y por medio de cartas, se empeñó en reconciliar al papa con la república de Florencia, haciendo así posible el regreso del primero a Roma. Aunque por entonces no había cumplido aún los treinta años, su prestigio era tan grande, que el papa, los florentinos y otros aún escuchaban sus consejos con el mayor respeto y en cierto modo la reconocían como una especie de mediadora diplomática. En el año 1376 emprendió el viaje a Aviñón.

No fueron, naturalmente, sólo las exhortaciones de santa Catalina lo que movió a Gregorio XI a emprender el definitivo regreso a Roma. Pero ya los contemporáneos le atribuyeron el mérito principal. El 13 de

septiembre de 1376 Gregorio XI abandonó Aviñón para siempre. En Génova le aguardaba Catalina, que entretanto se había trasladado a Florencia. Los cardenales no cesaban de importunar al papa, aconsejándole que se volviera atrás. Catalina puso en juego toda su influencia y dijo al papa con gran franqueza que tenía que superar su pusilanimidad y poner fin a su indecisión. El 5 de diciembre desembarcó el pontífice en Corneto, en la costa de los estados de la Iglesia. Desde allí tuvo todavía que entrar en negociaciones con la ciudad de Roma, y hasta el 17 de enero de 1377 no pudo entrar en la Ciudad Eterna.

En cierto modo, el regreso resultaba casi prematuro. Toda Italia estaba todavía en fermentación, y justamente entonces Roberto de Ginebra con sus bretones organizó en Cesena una matanza que volvió a estropearlo todo. Sin embargo, con su prudente conducta el papa consiguió calmar los ánimos y hasta indicar el camino de la reconciliación con Florencia. Antes de que se instaurara la paz, murió en Roma el 27 de marzo de 1378.

La elección de Urbano VI.

Se reunieron en conclave en el Vaticano dieciséis cardenales, cuatro italianos, un español y once franceses. Varios otros miembros del Sacro Colegio se habían quedado en Aviñón. Los romanos no cesaban de manifestarse en la plaza de San Pedro, sonando las campanas y reclamando a gritos un papa romano. A toda prisa, los cardenales eligieron al arzobispo de Bari, Bartolomé Prignano. No era cardenal, pero era italiano de nacimiento, súbdito de los Anjou napolitanos, y había residido mucho tiempo en Aviñón; parecía, pues, indicado para hacer el papel de un papa de transición. Mientras se iba a buscar al elegido, que estaba en Roma, el pueblo, que nada sabía de la elección, irrumpió en el Vaticano. Los cardenales y sus conclavistas, temiendo por sus vidas, revistieron precipitadamente con las vestiduras papales al anciano cardenal Tibaldeschi, que era romano, lo sentaron en el trono y se dieron a la fuga. El anciano intentó vanamente dar a entender al excitado populacho que el elegido era otro. Al final se calmaron los ánimos de la multitud. El magistrado de la ciudad presentó al día siguiente excusas a los cardenales y aseguró que todo el mundo estaba informado de que el pontífice designado no era Tibaldeschi, sino Prignano. Así este fue coronado con las ceremonias tradicionales bajo el nombre de Urbano VI. Los cardenales comunicaron a los soberanos el resultado de la elección. Los cardenales residentes en Aviñón enviaron sus cartas de parabién.

Todo hubiera transcurrido llanamente, de no haber dado pruebas Urbano VI, desde el comienzo de su pontificado, de una torpeza y una terquedad tales, que casi hacen dudar de que estuviera en su sano juicio. Trataba del peor modo posible a los cardenales, que ya sin eso echaban de

menos la tranquilidad de Aviñón, sin cuidarse en cambio de nombrar otros de los que pudiera fiarse. A mayor abundamiento, se enemistó en seguida con la reina de Nápoles, Juana I. Los cardenales se arrepintieron de haberlo elegido, y con el pretexto de huir de los rigores de la canícula, desaparecieron de Roma y se congregaron en Anagni, incluso los italianos; el anciano Tibaldeschi había ya fallecido. Desde Anagni publicaron el 9 de agosto de 1378 un manifiesto, declarando que la elección celebrada cinco meses antes había sido arrancada por la violencia y era, por tanto, nula. La reina de Nápoles y el rey de Francia, Carlos V, les prometieron su apoyo. Bajo la protección del conde Gaetani, con el que Urbano VI se había también peleado, los cardenales se retiraron a Fondi, y en cuanto recibieron las cartas del rey de Francia, procedieron a elegir al cardenal Roberto de Ginebra, con el nombre de Clemente VII. Así empezó el gran Cisma de Occidente, que había de durar treinta y nueve años.

El cisma.

Para la cristiandad resultaba extremadamente difícil decidir de qué lado estaba el derecho. La elección de Urbano VI se había celebrado en circunstancias anormales. Los testigos más autorizados, o sea, los propios electores, afirmaban haber obrado bajo la coacción y la violencia. Clemente VII, elegido unánimemente por los cardenales, se estableció en Aviñón, que desde hacía dos generaciones pasaba ante la cristiandad como la residencia habitual de los papas. No es, pues, de extrañar que anduvieran divididas las opiniones, aun las de los mejores. La escrupulosa investigación de las incidencias de la elección de Urbano VI ha demostrado, sin lugar a dudas, su validez. El temor a los tumultos populares no hizo más que precipitar la elección, pero no la decidió. La comedia cuyo protagonista fue Tibaldeschi demuestra con toda claridad que los cardenales temían haber elegido a un candidato impopular. Menos peso tiene el hecho de que más tarde prestaran obediencia a Urbano VI, recibieran la comunión de sus manos y solicitaran de él diversas gracias; pues tal conducta no puede ya explicarse por temor al pueblo, y sí, en cambio, por temor al propio Urbano VI.

Pero en aquellos momentos, las cosas no estaban tan claras como ahora. En favor del antipapa se pronunciaron incluso grandes santos, como el dominico san Vicente Ferrer. En cambio, Catalina de Siena, se mantuvo fiel a Urbano, y dirigió a los cardenales un escrito inflamado de indignación, aunque tampoco se abstuvo de reconvenir con la mayor franqueza al obstinado pontífice.

Desde el principio se mantuvieron al lado de Urbano VI el emperador Carlos IV, aunque éste murió en 1378, y su sucesor Venceslao (1378-1400), Italia excepto Nápoles, Inglaterra, Hungría y Escandinavia. A

la obediencia del papa aviñonés pertenecían Francia, España, Sicilia, Nápoles, Saboya, Escocia, Portugal y parte de Alemania. De todos modos, las obediencias se alternaban. A menudo las propias diócesis estaban divididas, lo mismo que las órdenes. Huelga decir que en ello influían también razones políticas, como la enemiga entre Francia e Inglaterra. La universidad de París después de unas vacilaciones iniciales se había pronunciado por Clemente VII, pero siguió manteniendo una cierta neutralidad. Para la Iglesia, la situación era, naturalmente, tristísima y a la larga no podía menos que resultar funesta. De todos modos, no hay que exagerar la importancia de los daños inmediatos. Entre los fieles no existía en aquel momento ninguna herejía, ni movimiento alguno de rebeldía contra la autoridad eclesiástica. Nadie dudaba de que la unidad de la Iglesia se basaba en la comunión con el sucesor de Pedro; sólo que no estaba seguro de cuál de los dos rivales era el auténtico sucesor del apóstol. La labor pastoral seguía su curso habitual, al menos en los países en que la división no alcanzaba a las diócesis. Pero andando el tiempo era inevitable que los daños salieran a la superficie. De momento, el cisma no provocó indiferencia, antes al contrario, un estado de hipersensibilidad religiosa. Por así decir, la Iglesia entera fue presa de una excitación nerviosa, que se manifestaba en la aparición de los más descabellados planes de reforma.

La serie de papas romanos.

El desdichado Urbano VI, en lugar de ocuparse de allanar el cisma, empeñaba todas sus fuerzas, con una especie de monomanía, en luchar contra Nápoles. Excomulgó a la reina Juana, predicó una cruzada contra ella, llamó a las armas al primo de la reina, Carlos de Durazzo, y cuando éste hubo conquistado Nápoles, rompió también con él y lo excomulgó. Sus propios cardenales se le rebelaron y Urbano hizo ejecutar a algunos. Murió en Roma en 1389, y pocos fueron los que le lloraron. Su sucesor Bonifacio IX, (1389-1404) hizo la paz con el rey de Nápoles Ladislao, hijo de Carlos de Durazzo, y fue así reconocido en toda Italia. Pero Ladislao presentó a su vez reivindicaciones contra el rey Segismundo de Hungría, y éste se pasó al antipapa. Después del breve pontificado de Inocencio VII (1404-1406) fue elegido el veneciano Gregorio XII (1406-1415).

En Aviñón, a Clemente VII siguió el español Pedro de Luna, con el nombre de Benedicto III (1394-1423).

Entretanto, por todas partes se formulaban planes para resolver el cisma, y en ello destacaba especialmente la universidad de París. Una de las posibilidades hubiera sido que uno de los papas, y aun ambos, abdicara voluntariamente. Otra era que ambos papas eligieran un árbitro y prometieran someterse a su sentencia. Pero la idea que mayor número de partidarios encontraba, era la de convocar un concilio general, que

depusiera a uno de los papas o a los dos, aunque fuera mal de su grado. En 1407 Benedicto XIII y Gregorio XII sostuvieron negociaciones en Marsella, a través de legados, con objeto de preparar una entrevista personal. Pero el proyecto fracasó, y este fracaso perjudicó mucho el prestigio moral de los dos papas, pues la gente empezó a dudar de su buena voluntad. Finalmente, los dos colegios cardenalicios y la mayoría de soberanos les retiraron la obediencia a ambos y convocaron una asamblea general en Pisa por el año 1409.

El concilio de Pisa.

El sínodo de Pisa se vio muy concurrido y hubiera obtenido la categoría de ecuménico de haber estado representado en él el papa. La asamblea dio por sentado que ambos papas debían considerarse como perturbadores de la unidad de la Iglesia: eran, por tanto, sospechosos de herejía y había que darlos por depuestos. De todos modos, no se hablaba aún de usar medios violentos contra ellos. Partiendo de la ficción de que la sede apostólica estaba vacante, los dos colegios cardenalicios eligieron como papa al arzobispo de Milán, un griego de Creta, con el nombre de Alejandro V. Éste estableció su sede en Bolonia y fue reconocido por la mayoría de países. Al lado de Benedicto XIII quedaban España, Portugal y Escocia; al lado de Gregorio XII, el rey de Alemania Roberto del Palatinado, Ladislao de Nápoles y parte de Italia. Al morir Alejandro V al cabo de un año, se le dio un sucesor en la persona de Juan XXIII. De este modo se tuvo, en lugar de dos papas, tres, entre los cuales resultaba aún más difícil que antes reconocer al verdadero. Aun mucho tiempo después, nadie se atrevía en Roma a considerar a los pontífices de Pisa como simples antipapas. Mientras el papa siguiente que adoptó el nombre de Clemente, repitió la cifra de VII (1523-1534), el siguiente Alejandro (1492-1503) se llamó Alejandro VI. Todavía hoy en los retratos papales de San Pablo figuran en su lugar correspondiente los de Alejandro V y Juan XXIII. En el Anuario Pontificio estos nombres no fueron borrados hasta 1947.

El concilio de Constanza.

No parecía quedar otra esperanza que la de un concilio ecuménico. El rey de Alemania Segismundo (1410-1437) invitó a Juan XXIII a convocarlo, en calidad de papa legítimo. La asamblea se reunió en Constanza el año 1414.

Juan XXIII había accedido a convocar el concilio porque estaba seguro de contar en él con la mayoría de los prelados. Pero apenas llegó a Constanza, no tuvo más remedio que reconocer que el ambiente le era desfavorable. Para las votaciones se acordó un procedimiento totalmente

nuevo: en lugar de votarse por cabezas, se votaría por naciones, según el modelo de las universidades. Se formaron cinco naciones: alemana, francesa, inglesa, italiana y el colegio cardenalicio. De este modo quedaba descartada toda posibilidad de que los prelados italianos, partidarios de Juan XXIII, hicieran valer su superioridad numérica. Se acordó, además, que dentro de las diversas naciones, no sólo tendrían asiento y voz los prelados, sino también los teólogos, canonistas y embajadores de los monarcas.

Al ver Juan XXIII que se esfumaban las perspectivas de ser confirmado en su dignidad, abandonó secretamente Constanza, esperando que con ello frustraría el concilio. En efecto, eran muchos los que con esto lo consideraban fracasado: no se iría a nombrar un cuarto papa. Si el sínodo no se disolvió fue gracias a los esfuerzos de dos personas: Juan Gerson, el famoso canciller de la universidad de París, y el cardenal Pedro de Ailly. Estos declararon que el concilio estaba por encima del papa, que por consiguiente no necesitaba de la autoridad de éste ni podía el papa disolverlo. El principio era insostenible teológicamente, pero los padres no disponían de ningún otro que pudiera sacarlos del atasco en que se hallaban. Juan XXIII fue detenido en su huida; se le llevó preso a Constanza y se le declaró depuesto. Reconociendo que su causa estaba perdida, se sometió a su suerte. De este modo quedaba eliminado uno de los tres papas.

Gregorio XII, ya nonagenario, hizo saber a la asamblea que estaba dispuesto a abdicar, si ella por su parte accedía a dejarse convocar formalmente por él. El sínodo se declaró de acuerdo, y Gregorio abdicó. Conservó el título de cardenal de Porto y murió en 1417, un mes antes de la elección de Martín V. Muchos vieron en ello un signo de que él era el papa legítimo.

Quedaba sólo Benedicto XIII. El incansable emperador Segismundo se trasladó a Perpiñán para moverle a deponer voluntariamente su cargo. Pero Benedicto tenía una fe ciega en su derecho y no quiso ceder en nada. Entonces los españoles se apartaron de su obediencia, y como no le quedaban ya más partidarios, el concilio pudo proceder a deponerlo sin peligro. Los españoles entraron en el concilio, como sexta nación. Los cardenales se reunieron en conclave y el 11 de noviembre de 1417 eligieron como papa a Odón Colonna, que debía su título cardenalicio al pontífice de la sucesión romana Inocencio VII; tomó el nombre de Martín V. Con esto quedaba resuelto el gran cisma de Occidente.

Juan XXIII fue liberado de su prisión por Martín V y recibió el título de cardenal de Frascati, aunque no tardó en morir. Cosme de Médici le hizo erigir un sepulcro en el bautisterio de Florencia, obra de Donatello, en el que se lee la cauta inscripción: «Baltasar Cossa, Juan XXIII, que fue un tiempo papa». Benedicto XIII se recluyó en el castillo de Peñíscola, en la

costa valenciana, y siguió presentándose como papa. Alfonso V de Aragón toleraba sus pretensiones con la secreta idea de, llegado el caso, poder utilizarlo para ejercer presión sobre el pontífice legítimo. El rey cuidó incluso de que, a la muerte de Benedicto en 1423, se le diera un sucesor, en la persona de un canónigo barcelonés que tomó el nombre de Clemente VIII.

LA ÉPOCA DE LAS «TEORÍAS CONCILIARES», DESPUÉS DEL CONCILIO DE CONSTANZA

La «Historia de los papas», de Pastor.

Con la elección de Martín V en 1417 empieza la *Historia de los papas desde el fin de la Edad Media*, de Ludovico Pastor (nacido en 1854 en Aquisgrán y muerto en 1928 en Innsbruck). Comprende veintidós volúmenes, el primero de los cuales fue publicado en 1886; los últimos, que alcanzan hasta 1799, aparecieron postumamente en 1933, pero en lo esencial fueron aún preparados por él. La obra de Pastor, cimentada en extensos estudios bibliográficos y de archivo, y escrita con gran brillantez, ha informado hasta tal punto la historia eclesiástica de estos cuatro siglos, que no es ya ni posible ni deseable prescindir de ella. Quedan siempre algunos puntos que es posible explicar mejor, pero hay pocas probabilidades de que se hagan descubrimientos esencialmente nuevos. Como no podía ser de otro modo, a Pastor se le han dirigido reproches desde los más diversos puntos. Para los no católicos su historia es demasiado católica, y hay católicos que la encuentran poco apologética. Las distintas naciones están descontentas con él cada vez que Pastor omite darles la importancia que ellas creen poseer. Pero en el fondo, todo esto sirve sólo para demostrar hasta qué punto fue imparcial. No pretendemos decir con ello que sea necesario aceptar todos sus juicios. En general, Pastor tiende a poner demasiado en primer plano la significación cultural de los papas. A algunos los juzga con excesiva benevolencia, como a Pío V y Clemente VIII, mientras que peca de duro con otros, como Eugenio IV, Clemente VII e Inocencio X. Tampoco supo hacer justicia a la significación política de Alejandro VI.

Martín V (1417-1431).

Después de las turbulencias del cisma y del concilio de Constanza, la principal tarea que se ofrecía al nuevo papa consistía, por decirlo así, en pacificar a la Iglesia y devolverla a una vida normal; tratábase, además, de volver a hacer de Roma, después de unos siglos de olvido e incuria, el

auténtico centro de la cristiandad. Martín V, nacido de una gran familia romana, grave y sereno de carácter, era el hombre indicado para llevar a término ambas tareas.

Estando todavía en Constanza, empezó defraudando las esperanzas de los más apasionados conciliaristas al no querer aceptar sin más ni más los numerosos decretos de reforma aprobados por el sínodo. Para muchos, reforma significaba, esencialmente, que no afluyera más dinero a la Santa Sede. Pero en lugar de dejarse dictar su conducta por la exaltada asamblea, Martín V procedió a concertar concordatos separados con las distintas naciones.

En Italia reconoció a la reina Juana II (1414-1435), que había sucedido a su hermano Ladislao en el trono de Nápoles y hasta entonces había sido una enemiga de la Sede romana. Los Estados de la Iglesia estaban en manos de Braccio de Montone, llamado Fortebraccio, uno de tantos *condottieri* que en aquel tiempo pululaban. Martín V lo tomó a su servicio y le encargó que sometiera a Bolonia. El Estado pontificio consistía aún, al estilo medieval, en un conglomerado de dominios feudales, comunas y provincias más o menos autónomas y unidas por un embrollado sistema de relaciones jurídicas. Martín V volvió a imponer, en lo posible, el orden que en su tiempo había implantado el cardenal Gil de Albornoz. Mucho faltaba para que pudiera llamarse un estado en el sentido moderno, pero al menos el papa pudo considerarse desde entonces como un auténtico soberano. Ello benefició también a la ciudad de Roma, a la que Martín regresó en 1420, encontrándola en un estado de indecible decadencia. Tuvieron que pasar aún cien años antes de que Roma volviera a tener cincuenta mil habitantes. Por primera vez después de mucho tiempo, el jubileo de 1425 atrajo hacia Roma una gran multitud de peregrinos.

Martín V nombró pocos cardenales, pero buenos. Domingo Capranica, Cesarini, Ardicino della Porta, Nicolás Albercati, y junto a éstos a algunos no italianos. En el año 1429 entabló negociaciones con Alfonso V de Aragón para terminar con los últimos restos del cisma. El papa de Peñíscola, Clemente VIII, dimitió y sus «cardenales», para salvar la faz, eligieron a Martín V. El canonista valenciano Alfonso Borja, que en esta ocasión prestó muy buenos servicios, fue nombrado por Martín obispo de Valencia. Más tarde había de subir al solio pontificio con el nombre de Calixto III.

El concilio de Constanza había decidido que cinco años después, y luego cada diez años, volvería a celebrarse un concilio ecuménico. Martín V, con muy buen juicio, nada quería saber de un semejante parlamento permanente de la Iglesia. Pero como entonces la cristiandad todo lo esperaba de los sínodos generales, en el último año de su pontificado se

decidió a convocar un concilio en Basilea, designando para presidirlo al cardenal Cesarini. El papa murió antes de que el Concilio pudiera reunirse.

Eugenio IV (1431-1447).

Fue su sucesor el veneciano Eugenio IV, ermitaño de san Agustín y sobrino de Gregorio XII: un severo asceta. Su pontificado empezó bajo los más negros augurios. El primero fue la aplastante derrota que el ejército cruzado que luchaba en Bohemia contra los husitas, sufrió en Taus el año 1431. El segundo fue un grave conflicto con la familia de su predecesor, los poderosos Colonna; y el tercero la fatal resolución de disolver el recién inaugurado sínodo de Basilea. La desconfianza del papa estaba plenamente justificada, pero al proceder de este modo empujó al concilio hacia el cisma que él quería precisamente evitar. Vanos fueron los prudentes consejos que dio el fiel Cesarini, nombrado aún por Martín V para presidir la asamblea. De hecho, los padres no se sometieron al decreto papal, sino que ratificaron la declaración de Constanza, que el concilio estaba por encima del papa. Cuando éste comprendió lo peligrosa que se le estaba volviendo la situación en Italia, por la hostilidad de los Colonna, del duque de Milán Felipe Visconti y de Fortebraccio, revocó la bula de disolución, aunque sin reconocer por ello los acuerdos ya adoptados.

El duque de Milán suscitó en Roma una revolución contra el papa, a raíz de la cual se proclamó una vez más la república. El papa huyó en una lancha por el Tíber, perseguido a pedradas. Se dirigió a Florencia y se alojó en el convento de dominicos de Santa María Novella. Ante la impotencia política del papa, los congregados en Basilea cobraron audacia y emanaron radicales decretos reformatorios para el papa, mientras suprimían todas las tasas y demás ingresos para la curia. Se habían precipitado, sin embargo: el papa no estaba tan fuera de combate como ellos creían. El cardenal Vitelleschi, hombre capaz aunque sin escrúpulos, restableció el orden en Roma y en los estados Pontificios. El prestigio del papa volvió a subir al presentársele una embajada del emperador bizantino para solicitar la iniciación de negociaciones con vistas a restablecer la unión. Como Basilea estaba demasiado alejada para los griegos, Eugenio IV dispuso que el concilio prosiguiera sus sesiones en Ferrara. Esto fue un duro golpe para los basilenses. Los partidarios del papa, como Cesarini, Nicolás de Cusa y otros, se trasladaron a Ferrara. Los demás permanecieron en Basilea, para privar al papa de una victoria moral, aunque no podían esperar que se les siguiera considerando como un sínodo legítimo.

La unión con los griegos.

En 1437 acudieron a Ferrara setecientos griegos, todo lo que la Iglesia griega podía presentar en punto a ciencia y dignidad, encabezados por el emperador Juan VIII Paleólogo, el patriarca José de Constantinopla, el arzobispo Marcos de Éfeso, Besarion de Nicea, Isidoro de Kiev, el sabio Gemisto Plethon. Entre los latinos destacaban el piadoso cardenal Nicolás Albergati, que ostentaba la presidencia, los humanistas Tomás Parentucelli, el futuro papa Nicolás V, y Ambrosio Traversari, general de los camaldulenses. Las negociaciones fueron de lo más difícil y más de una vez amenazaron con terminar en fracaso. En 1439 el concilio fue trasladado a Florencia, por razones preponderantemente económicas, y el 6 de julio se concertó allí solemnemente la unión. Una después de otra se sucedieron luego las uniones con las iglesias orientales menores, con los armenios en 1439, con los jacobitas monofisitas de Egipto en 1441, con los jacobitas de la Siria oriental en 1444 y con los caldeos nestorianos en 1445.

La unión de Florencia no estaba destinada a durar más que las anteriores. Sería, sin embargo, injusto dudar de la buena voluntad de los griegos, aunque sea cierto que entre ellos había algunos que sólo prestaron una adhesión exterior y se separaron de nuevo en cuanto volvieron a estar en su casa, como Gemisto Plethon, el cual, por lo demás, era más platónico que cristiano y despreciaba, por bárbaros, a los latinos. Tampoco puede desconocerse que los griegos perseguían ciertos fines políticos, movidos sobre todo por la necesidad de apoyarse en el Occidente frente al creciente peligro turco. El emperador Juan VIII no hizo gran cosa para llevar a la práctica la unión, pero su hermano y sucesor Constantino IX la renovó en 1452 y se mantuvo fiel a ella. Para que la unión penetrara profundamente hasta las últimas capas del clero y del pueblo, borrando en ellas todo rastro de cisma, hubiera hecho falta más tiempo. Pero ya en 1453 los turcos conquistaron Constantinopla y restablecieron por la violencia el antiguo estado de cosas.

Si no hay motivos para dudar de la buena fe de los griegos podemos, en cambio, preguntarnos si era acertada la idea que ellos se hacían de la unión. No hacía aún mucho tiempo que habían visto a la Iglesia Occidental escindida en varias obediencias, cada una bajo un papa distinto. Ahora se presentaban ellos como una obediencia más, que entraba en tratos con las otras. De hecho, ya a los concilios de Pisa y Constanza habían asistido embajadores griegos. Pero la diferencia esencial consistía en que el cisma latino no ponía sobre el tapete la cuestión jurídica de si el obispo de Roma era o no la cabeza de la Iglesia, sino la simple cuestión de hecho de saber qué persona era en aquel momento el legítimo obispo de Roma. De ahí que el cisma latino pudiera resolverse por medio de un tratado o de una conciliación, mientras que el bizantino sólo podía allanarse con una sumisión unilateral.

Con todo, no fue inútil la obra unificadora de Florencia. Los latinos, que habían perdido casi todo contacto con la iglesia griega, cobraron ahora conciencia de cuáles eran los puntos en que versaba la controversia. De un modo especial se puso en claro en Florencia, de una vez para siempre, que la cuestión del rito nada tenía que ver con la unión, es decir, que para que un griego entrara a formar parte de la Iglesia latina no necesitaba adoptar sus ritos. Era ésta una cuestión que en Constanza había quedado todavía en el aire. Y era, sin embargo, una cuestión importante, dado el apasionado amor con que todos los orientales se aferraban a las venerables y hermosas prácticas de su culto divino. Los decretos de Florencia han servido, además, de base para todos los acuerdos de unión que se fueron concertando en lo sucesivo.

El cisma de Basilea.

Tan evidente era el éxito del concilio de Ferrara y Florencia, que a los basilenses no les quedó otra alternativa que la de someterse o declararse abiertamente en cisma. Se decidieron por este último partido y nombraron un antipapa. Como necesitaban un nombre prestigioso, dirigieron sus ojos a Amadeo VIII, conde y desde 1416 duque de Saboya, quien después de enviudar había pasado en parte el gobierno a su hijo y vivía junto al lago Lemán, llevando una especie de vida anacorética. Contra lo que podía esperarse, este príncipe, por lo demás muy avisado, aceptó el nombramiento y se hizo consagrar obispo. Tomó el nombre de Félix V. El Gran Cisma estaba aún tan vivo en el recuerdo de todos, que este pequeño cisma no despertó el menor entusiasmo. De todos modos, los monarcas no dejaron escapar la oportunidad que se les ofrecía de arrancar a la Iglesia algunas concesiones. Carlos VII de Francia, ya antes de la elección de Félix V, basándose en los decretos de Basilea había promulgado la Pragmática Sanción de Bourges (1438), por la que la Iglesia francesa se hacía casi independiente del papa, sentando así los cimientos de lo que más tarde se llamaron «libertades galicanas». Los príncipes electores alemanes se declararon, ante los dos papas, en una especie de neutralidad. Alfonso V de Aragón reconoció a Félix V. No es que lo considerara seriamente como legítimo, pero le interesaba tener una prenda en la mano para poderla cambiar contra Nápoles. Juana II, la última Anjou, había adoptado a Alfonso de Aragón, que era ya rey de Sicilia, y le había designado como heredero de Nápoles. Al rey le faltaba aún la conformidad del papa, en su condición de soberano feudal. Pero Eugenio IV hubiera preferido dar la corona al duque Renato, de la línea segundona de los Anjou, el cual se consideraba también heredero. Alfonso venció en batalla a Renato y propuso al papa el compromiso siguiente: él abandonaría a Félix V y en cambio el papa le concedería la investidura del reino de Nápoles y le

permitiría que designara como sucesor en este reino (pero no en Aragón) a su hijo bastardo Ferrante. El tratado se hizo efectivo en 1444. El obispo de Valencia, Alfonso Borja, había vuelto en esta ocasión a prestar sus buenos oficios, y en recompensa fue nombrado cardenal.

La ciudad de Roma quedaba así resguardada de todos los lados y Eugenio IV, después de una ausencia de nueve años, pudo finalmente regresar a la capital. Desde entonces, sólo en raras ocasiones han dejado los papas la Ciudad Eterna para una ausencia algo larga.

Las negociaciones con los príncipes alemanes y con el nuevo emperador Federico III se desarrollaron también favorablemente. El papa las condujo a través de Parentucelli y Nicolás de Cusa, el emperador a través de su secretario Eneas Silvio Piccolomini. Eugenio IV no vivió lo bastante para ver su conclusión, pero murió sabiendo ya que el cisma de Basilea había terminado.

Nicolás V (1447-1455).

Fue su sucesor Tomás Parentucelli, un eminente humanista que se había encumbrado partiendo de un humilde origen. Nicolás V inició su pontificado en circunstancias mucho más favorables que su predecesor. Con el emperador concertó pronto (1448) el concordato de Viena, al tiempo que con los príncipes electores convenía el de Aschaffenburg, lo cual significó el golpe de muerte para el sínodo de Basilea. Éste tuvo que abandonar el territorio del imperio, en el que se encontraba Basilea, y se refugió en Lausana, al lado de su papa. Félix V renunció a su dignidad, y los sinodiales eligieron a Nicolás V. Por su parte, éste les liberó de las censuras eclesiásticas e hizo cardenal a Félix V. Desde entonces, a nadie se le ha ocurrido jamás erigir un antipapa.

Durante el pacífico pontificado de Nicolás V el humanismo y el arte del Renacimiento conquistaron la corte papal. Nicolás V fundó la Biblioteca Vaticana, llamó a su lado a fray Angélico de Fiésole e inició planes para substituir con una gran basílica la vieja iglesia de san Pedro, que databa del siglo IV y se encontraba ya en estado ruinoso. Sin embargo, hubo que aguardar cincuenta años para que Julio II empezara a poner en práctica tales proyectos.

Calixto III (1455-1458).

Ya durante el pontificado de Nicolás V la atención de todos estaba puesta en el Oriente. A las graves derrotas sufridas por los húngaros en Varna (1444) y en Amsfeld (1448) siguió en 1453 la conquista de Constantinopla por los turcos. En el conclave los cardenales estuvieron a punto de elegir al cardenal griego Besarión, que sin duda hubiera sido un

papa del más alto mérito, pero al fin se decidieron por el español Alfonso Borja, que era un político de amplios horizontes. Calixto III envió a Hungría al eminente cardenal Carvajal, con refuerzos militares. Con él se fue también el ardiente franciscano Juan de Capistrano. Con su ayuda los húngaros, mandados por Juan Hunyady, obtuvieron sobre los turcos una brillante victoria en Belgrado, la cual, sin embargo, no consiguió frenar su avance por mucho tiempo. Estos méritos de Calixto III están empañados por la pésima herencia que dejó a la Iglesia, al nombrar cardenal a su disoluto sobrino Rodrigo Borja, el futuro Alejandro VI.

Pío II (1458-1464).

A la muerte de Calixto III la cátedra de san Pedro volvió a estar ocupada por un hombre de relevante valía: Eneas Silvio Piccolomini, que adoptó el nombre de Pío II. Este pontífice arrastraba tras de sí un pasado muy movido. Había tomado parte en el sínodo de Basilea, pasó luego al servicio del antipapa Félix V, y finalmente actuó como secretario del emperador Federico III. En esta última calidad contrajo grandes méritos en la negociación del concordato de Viena. Por lo demás, en aquel tiempo su fama de humanista estaba ya difundida por toda Europa. Eugenio IV le eximió de todas las censuras que como cismático se había atraído, y le nombró obispo de Trieste y luego de Siena.

Pío II era un humanista y un romántico cuya curiosidad intelectual abarcaba los campos más diversos. Ni siendo papa cesó en sus actividades literarias, escribiendo en su elegantísimo latín sobre asuntos tan ajenos a su ministerio como la geografía de Asia. Amaba la naturaleza y a veces celebraba sus consistorios al aire libre, a la sombra de los árboles. La Edad Media era ya cosa del pasado. Como sus frívolos escritos juveniles habían provocado considerable escándalo, publicó una bula en la que se leían las famosas palabras: *Aeneam reicite Pium recipite*; «Olvidad a Eneas y escuchad a Pío».

En política obtuvo algunos éxitos. Convenció al rey de Francia Luis XI a que abrogara la Pragmática Sanción de Bourges, de índole poco menos que cismática. Del rey de Bohemia Jorge Podiebrad, cuyas simpatías se inclinaban claramente hacia los husitas, obtuvo cuando menos que le enviara una embajada para prestarle obediencia. Sometió al peligroso tirano de Rímini, Segismundo Malatesta. Fracasó, en cambio, en lo que era su idea favorita, poner en pie de guerra una coalición europea contra los turcos. A pesar de su derrota en Belgrado, los turcos habían ocupado Servia, Bosnia y Epiro. El heroísmo desplegado por los húngaros y por el príncipe albanés Skanderbeg no bastó a detenerlos. Fueron también cayendo en su poder los restos del imperio bizantino, Trebisonda, Morea, las islas del Egeo. Pío II convocó a todos los soberanos cristianos a un

congreso en Mantua, al que él asistió personalmente, pero no obtuvo más que promesas. Lo que faltaba al papa sobre todo eran recursos económicos. Esta penuria se alivió hasta cierto punto gracias al hallazgo, hecho en 1462 en Civitavecchia, dentro del territorio pontificio, de ricos yacimientos de alumbre. Este mineral, muy usado entonces como colorante, venía todo de Oriente, y se calcula en 300.000 ducados el valor de la importación que de él anualmente se hacía. Pío II destinó a la guerra contra los turcos el beneficio entero que se obtenía de las minas de alumbre. Ante el poco entusiasmo de los príncipes, determinó organizar él mismo una cruzada, esperando que con su ejemplo conseguiría arrastrar a los demás. En esto sí que el papa humanista pensaba como un hombre de la Edad Media. Todo el mundo intentaba disuadirle de su propósito, incluso los príncipes. Pero de nada valieron las reconvenciones : aquejado ya de la enfermedad que había de llevarle a la muerte, salió de Roma con un abigarrado ejército y acompañado a regañadientes por sus prelados. Moribundo casi, llegó a Ancona, donde debía reunirse la flota encargada a los venecianos. Nadie puede decir lo que hubiera sido de esta descabellada expedición contra los turcos: lo más probable es que terminara en un grave descalabro. Pero no se llegó a eso. Al presentarse los navíos venecianos, que habían demorado su llegada cuanto les fue posible, todo lo que el papa pudo hacer fue hacerse llevar a la ventana para verlos entrar en el puerto. Era el 12 de agosto de 1461; al día siguiente moría el papa, y el ejército quedó disuelto en un momento.

El pontífice siguiente, el veneciano Paulo II, sobrino de Eugenio IV, ha perpetuado su nombre en Roma por la construcción del magnífico palacio que aún hoy es conocido con el nombre de Palazzo Venezia. Era un hombre muy estimable, pero comparado con sus cinco antecesores posteriores al concilio de Constanza, no pasaba de una digna medianía. Durante su pontificado pudo ya advertirse una cierta mundanización de la corte papal, que había de agravarse en sus sucesores hasta conducir al papado y a la Iglesia entera al borde de la perdición.

Los husitas en Bohemia.

Una de las más desagradables herencias del concilio de Constanza fue la cuestión de los husitas, por culpa de la cual la rica y progresiva Bohemia, situada en el corazón de Europa, estuvo casi separada de la Iglesia durante largo tiempo. Juan Huss, profesor de Teología de Praga, era no sólo un sacerdote de vida irreprochable, sino también un ardiente patriota checo. Sus méritos en la formación de una lengua literaria checa son análogos a los que más tarde contrajo Lutero en la literatura alemana. En 1409 consiguió que se modificaran los estatutos de la universidad de Praga en el sentido de dar en ella la hegemonía a los elementos checos, a

consecuencia de lo cual varios millares de estudiantes alemanes emigraron de Praga con sus profesores y se establecieron en Leipzig. Al cabo de poco incurrió en un conflicto con su arzobispo y fue excomulgado. Sus doctrinas teológicas, influidas por el hereje inglés Wiclef, eran indudablemente heréticas, y fue por ellas emplazado a presentarse ante el concilio de Constanza; el emperador Segismundo le proporcionó un salvoconducto, y Huss se presentó al concilio. Por parte de éste, la conducta más prudente hubiera sido aguardar a que hubiera elegido un papa, pues en tales asuntos los papas suelen proceder con mayor serenidad y comedimiento que las asambleas, siempre excitables y tumultuosas. Pero el sínodo, consciente de que su legitimidad estaba expuesta a muy fundados reparos, sentía la necesidad de acreditarse como un auténtico concilio por medio de una actividad tan propiamente conciliar como es la condenación de una herejía. Puesto que Huss se negó a retractarse, fue declarado hereje contumaz, como era sin duda alguna, y entregado al «tribunal secular», el cual, a despecho del salvoconducto imperial, lo condenó a morir en la hoguera (6 de julio de 1415).

La entrega al brazo secular era entonces poco más que una simple ceremonia. Sin embargo, durante toda la Edad Media y aun después, so pretexto de que las herejías pasaban en general como crímenes de alta traición, la Iglesia se mantuvo fiel a esta formalidad, para dar a entender que un juez espiritual no puede dictar ninguna sentencia de muerte.

Como es natural, el ajusticiamiento de Juan Huss fue sentido por los patriotas bohemios como una grave afrenta. A partir de entonces el movimiento nacional adoptó un carácter francamente antieclesiástico y se manifestó en actos de violencia. Lo que en realidad se discutía no eran ya las proposiciones teológicas defendidas por Huss. En lo religioso, el único rasgo distintivo que los rebeldes adoptaron fue el recibir la comunión bajo las dos especies de pan y vino, *subutraque specie*, de donde les vino luego el nombre de «utraquistas».

El calificativo de husitas se encuentra ya desde 1420. En este año Martín V, ante la multiplicación de los actos de violencia, predicó una cruzada contra los husitas, pero éstos obtuvieron una victoria tras otra, en Deutschbrod (1421), Aussig (1426), Mies (1427), Taus (1431). El concilio de Basilea, en los llamados «compactatos de Basilea» se puso al lado de los rebeldes.

Era rey de Bohemia, desde 1419 a 1437, el emperador Segismundo, de la casa de Luxemburgo; luego, a partir de 1439, lo fue su yerno Alberto II de Austria, y desde 1457 el hijo de éste, menor de edad, Ladislao Póstumo. Tras la muerte de éste, los estados bohemios eligieron rey a Jorge Podiebrad, el jefe del partido utraquista moderado (1458-1471). Podiebrad prometió a Pío II revocar los compactatos de Basilea y restablecer la unidad eclesiástica. En realidad no hizo nada en este sentido, al contrario, apoyó al

arzobispo de Praga, Rokyzana, que era un husita declarado y no había sido reconocido por el papa. A la larga, el papa no pudo admitir este doble juego. A instancias del cardenal Carvajal, que conocía muy bien la situación de Bohemia, Pío II se decidió en 1466 a excomulgar a Podiebrad. Pero los restantes príncipes no le secundaron, ni siquiera el emperador Federico III. Podiebrad y Rokyzana murieron en 1471. Subió al trono de Bohemia el católico Ladislao II, de la dinastía de los Jagellones, que desde 1490 fue también rey de Hungría. El conflicto fue perdiendo gravedad. No se llegó a un cisma formal, y aunque las comunidades utraquistas subsistieron al lado de las católicas, apenas se distinguían de ellas en otra cosa que en recibir la comunión bajo las dos especies y en venerar a Huss como mártir. De todos modos, esta situación significó durante largo tiempo un obstáculo para el normal desarrollo de la vida eclesiástica.

LA VIDA RELIGIOSA EN EL SIGLO XIV Y PRINCIPIOS DEL XV

La desfavorable situación de la Iglesia durante la época de Aviñón, en el tiempo del Gran Cisma y en los decenios que siguieron, podría dar la impresión de que se trató de un período de decadencia religiosa. Sin embargo, no fue este el caso, considerando las cosas en su conjunto. Si admitimos que el arte proporciona un criterio casi infalible para apreciar el espíritu de una época, nos bastará dar una ojeada a las obras del gótico tardío, sobre todo la escultura y la arquitectura, para darnos cuenta de cuán profundos y vivos estaban los valores religiosos en amplias capas de la humanidad de entonces. Verdad es que la situación distaba mucho de ser ideal, en lo referente a la cura de almas. La formación religiosa del pueblo y del clero había hecho indudables progresos desde los siglos XII y XIII, pero dejaba aún mucho que desear. Las interminables discusiones entre el clero secular, preocupado sólo en defender los derechos de los párrocos, y las órdenes religiosas, sobre todo las mendicantes, que en gran parte se encargaban de la labor propiamente pastoral, no podían ser más lamentables. La culpa pesaba por igual sobre ambas partes. El clero en su conjunto, el alto y el bajo, el regular y el secular hallábanse aún muy lejos de estar imbuidos de aquel sentido de responsabilidad que hace que todos los intereses se eclipsen ante la tarea principal.

La impresión que da la vida interior religiosa de este tiempo, no es la de estar oprimida, pero sí contenida y como retraída. Los siglos XIV y XV son una época intensamente introvertida. Es el tiempo de los pensadores e investigadores religiosos, de los místicos, de la devoción íntima. Los santos, muy abundantes en este período, suelen mantenerse apartados de los grandes sucesos que llenan la vida del mundo y de la Iglesia. No es que sintieran desvío por la vida eclesiástica: una piedad ajena a la Iglesia era un

fenómeno todavía desconocido. No se retiraban de la Iglesia, sino que se refugiaban en su seno. Muchos sentían en lo más vivo los abusos del tiempo, especialmente durante el Gran Cisma, como aquel beato Pedro de Luxemburgo, el san Luis Gonzaga de la curia cismática de Aviñón. Era un príncipe luxemburgués, un muchacho precoz y piadoso, que a los quince años fue nombrado cardenal por Clemente VII y llevado a Aviñón, donde se consumía en oraciones, obras de penitencia y planes para resolver el cisma, hasta que murió a los dieciocho años.

Entre los santos canonizados en este tiempo, sorprende el gran número de mujeres. Hasta el siglo XIII fue muy escaso el número de mujeres elevadas a los altares. Ahora encontramos a la sueca santa Brígida († 1373), fundadora de la orden que lleva su nombre, y a su hija, santa Catalina (†1381); santa Juana Falconieri († 1341), fundadora de las servitas; las ermitañas de san Agustín Clara de Montefalco en Umbría († 1368) y su hermana, la beata Juana, además de santa Rita de Casia († 1457); santa Francisca Romana († 1440), fundadora de las oblatas olivetanas. Entre las franciscanas destacan la beata Ángela de Foligno († 1309), viuda, fundadora de las terciarias regulares, así como las clarisas santa Nicoletta (Coletta) Boilet de Corbie († 1447 en Gante) y santa Catalina de Bolonia († 1463); la beata Luitgarda de Wittichen en la Selva Negra († 1348); la beata Isabel Achler de Waldsee, en Württemberg († 1420), llamada «la buena Beth» (Elisabeth). Muy nutrido es también el número de dominicas canonizadas: además de la famosa santa Catalina de Siena († 1380), de santa Inés de Montepulciano († 1317), de santa Clara Gambacorta de Pisa († 1419), que fue la «santa Teresa» de las dominicas, están las numerosas místicas de los monasterios alemanes de Unterlinden, en Colmar, de Töss en Winterthur, de Engeltal en Nuremberg (beata Cristina Ebner, † 1356), de Medingen en Dillingen (beata Margarita Ebner, † 1351).

«*Devotio moderna*».

Una especial dirección de la vida religiosa, que con el tiempo fue extendiéndose en círculos cada vez más amplios, fue lo que los contemporáneos llamaron *devotio moderna*. Como sus iniciadores hay que considerar a los canónigos Gerardo Groot, de Davenport († 1384) y su discípulo y sucesor Florencio Radewijns († 1400). Las comunidades de sacerdotes que fundaron, al estilo de una orden, tomaron el nombre de «hermanos de la vida común» o también *Fraterherren*. La «devoción moderna» no consistía en una espiritualidad selecta y exclusivista, en el sentido de un movimiento pietístico distinto e incluso opuesto a las demás corrientes de piedad, sino que más bien se caracterizaba por la aplicación de un método sencillo y severo a los afanes de perfección y

sobre todo a la interiorización de la vida religiosa. No presupone almas particularmente distinguidas por la gracia, a las que todo les viene dado desde arriba, sino personas corrientes que aspiran a profundizar su vida interior gracias a un empeño humilde y minucioso.

Una posición afín a la *devotio moderna* estaba representada por el canciller de la Sorbona, Juan Gerson († 1429), famoso por su actuación en el concilio de Constanza, y por el cartujo belga Dionisio Ryckel († 1471), escritor de una fecundidad poco común. Pero el mejor campo de difusión de la *devotio moderna* fueron las antiguas órdenes, de las que surgió un gran número de congregaciones reformadas. Discípulos de Gerardo Groot fundaron en 1386 la colegiata de canónigos de san Agustín en Zwolle, que cien años más tarde estaba a la cabeza de una congregación de ochenta y seis conventos masculinos y varios femeninos. En Italia Ludovico Barbo, pariente de Paulo II, fundó en 1412 en Santa Justina de Padua una congregación benedictina reformada, que sirvió de modelo para la de Valladolid (1450), la cual con el tiempo se extendió a todos los monasterios benedictinos españoles. Congregaciones similares fueron en Alemania la de Kastl en el Alto Palatinado (1404), la Unión de Melk (desde 1418) y la de Bursfeld, cerca de Gotinga (1439).

En general Alemania desempeñó, en los siglos XIV y XV, un papel directivo en la vida religiosa, y de un modo especial en los Países Bajos, que entonces formaban parte del Imperio alemán. Alemanes fueron los tres grandes escritores místicos del siglo XIV, el maestro Eckhard, turingio († 1326), el estrasburgués Juan Tauler († 1361) y el suabo Enrique Suso († 1366), los tres de la orden de santo Domingo. De Kempen (Kempis), en el Bajo Rin, procedía Tomás Hemerken, discípulo de Radewijn, que luego ingresó en el convento de Agnetenberg cerca de Zwolle († 1471). Si es éste el autor de la célebre *Imitación de Cristo*, el libro de devoción aún hoy más leído de la literatura cristiana, o si fue sólo su difusor, es cuestión que no puede darse todavía por resuelta de un modo convincente.